CAPÍTULO IX.

ORÍGEN DE LOS CONFLICTOS ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

ESTUDIANDO los elementos que componen la fe y los que constituyen la ciencia, hemos visto que no solamente no cabe entre ellos contradiccion, sino que se harmonizan admirablemente, y conspiran á una necesaria indestructible unidad. Con todo, no se puede negar que desde que existen estas dos fuerzas que guian al hombre en su peregrinacion por la tierra, ha habido entre ellas conflictos y oposiciones. No há mucho se divulgaba la historia de estos conflictos en un libro que ha circulado extraordinariamente por el nuevo y antiguo mundo, y que pregonado y enaltecido por todas las trompas de la fama, se presenta como ariete formidable contra la fortaleza del catolicismo. Más adelante hablaremos de este libro. Por ahora, siguiendo el hilo de nuestra demostracion, preguntamos: ya que ha habido conflictos entre la ciencia y la fe, ¿cuál ha podido ser su orígen y su causa próxima é inmediata?

Por de pronto, es evidente, por todo lo que hemos discurrido hasta aquí, que si la palabra de Dios, al revelarnos la suma de verdades que forman el tesoro de la fe, es expresion de los pensamientos divinos, y si por otra parte la ciencia no es más que la interpretacion y reproduccion en el órden de nuestra inteligencia de aquellas ideas y pensamientos que el dedo divino escribió en el libro de la creacion, poner contradiccion y repugnancia entre la

ciencia y la fe, sería tanto como ponerla en las ideas y pensamientos de la Divinidad. Siendo la fe don de Dios en el órden de la gracia, y la razon ni más ni ménos en el órden de la naturaleza, si la una contradijese á la otra, la contradiccion resultaria en la misma divina esencia. De donde se sigue, que caso de hallar alguna oposicion entre estas dos maneras de conocimiento, no debemos buscarla en la realidad objetiva de las verdades que una y otra proponen á nuestra mente, sino en alguna causa extrínseca y accidental que haga aparecer á nuestros ojos como opuestas y enemigas dos cosas que en sí se harmonizan necesariamente. Esta causa, dice el Concilio Vaticano, consiste en que los dogmas de la fe no son entendidos y expuestos debidamente, y segun el sentir de la Iglesia encargada por Dios de enseñarlos y declararlos á los hombres, ó en que se toma por ciencia real y positiva, no un juicio verdadero, demostrado y evidente que, como dijimos largamente en el primer capítulo de este ensayo, es la base del conocimiento científico, sino lo que es mera opinion, conjetura y probabilidad, y áun tal vez delirio de imaginacion extraviada. «La Biblia y la naturaleza, dice Kurtz [1], siendo ambas palabra de Dios, deben convenir y harmonizarse entre sí. Si alguna vez no aparece entre ellas esta harmonía, hay que atribuirlo á que, ó la exegesis del teólogo ó la del naturalista, son erróneas.» «Mantengámonos firmemente asidos á este principio, observa Reusch [2], principio sencillísimo que ha de fortalecernos y tranquilizarnos en medio de las dificultades y obstáculos que puedan surgir contra nosotros en el camino de nuestras investigaciones: la Biblia no contiene error alguno, como libro escrito con la milagrosa inspiracion de Dios; la naturaleza no enseña tampoco ningun error por ser obra del mismo Dios, cuya palabra está contenida en la

1 *Bibel und Astronomie*, p. 6.
2 *La Bible et la Nature*, ch. 2

Sagrada Escritura; Dios es quien por las palabras de la Biblia y por los signos mudos de la naturaleza, habla al espíritu del hombre. Mas no olvidemos tampoco que nos podemos engañar, y que áun cuando la naturaleza y la Escritura sean dos rayos procedentes de un mismo foco, es muy posible que nosotros no interpretemos en su verdadero sentido las palabras de la Biblia ó los fenómenos de la naturaleza. ¿Hemos de decir por esto que hay contradiccion entre la revelacion y las ciencias morales? No; sino que allí hay una ilusion, que la verdad, mejor examinada y conocida, hará desaparecer.....» «La contradiccion, añade el docto profesor de la Universidad de Bonn, no es más que aparente, y debe ser atribuida, ya al error del exegeta, qne no entendió el verdadero valor de las palabras de la Biblia, ya á engaño del naturalista, que no estudió ni profundizó convenientemente los hechos naturales, ni supo distinguir la realidad de la hipótesis.» En resolucion; la contradiccion ó conflicto entre la ciencia y la fe, tienen su orígen en las ilusiones de nuestro espíritu, en sus engaños y preocupaciones, y en las causas generales de donde proceden los errores en cualquier género ó esfera de conocimientos, causas que, obrando con demasiada frecuencia así en los filósofos y naturalistas, como en los teólogos, han embrollado hasta un punto increible la cuestion de las relaciones entre las divinas Escrituras y las ciencias de la naturaleza.

Asentado este punto, veamos de investigar el orígen próximo é inmediato de tales contradicciones y conflictos.

Es principio fundamental en filosofía que nuestras facultades cognoscitivas están ordenadas á la verdad. Por sí mismas y en virtud de su naturaleza no pueden inducirnos á error. Si alguna vez nos engañamos, no acontece esto por necesidad ó tendencia natural de nuestra razon, sino por alguna causa extraña á ella, que interviniendo en sus operaciones impide su accion recta y ordenada. Cuando la verdad aparece iluminada con la luz de la evidencia, el entendimiento no puede equivocarse, antes es forzosamente obligado á verla y tambien á admitirla y abrazarla con todo el ímpetu de su tendencia y espontánea inclinacion. Cuando no aparece claramente, cuando la evidencia de los objetos no le fuerza á prestar su asentimiento, cuando la mente, no asegurada de la realidad de las cosas, supuesto que no la percibe luminosa ó evidentemente, queda á merced de los caprichos y veleidades del corazon, entonces es cuando corre peligro de equivocarse y de desamparar la senda de la verdad para despeñarse en el abismo del error. De aquí es que este depende siempre del libre albedrío, que de él le viene su moralidad, que es por consiguiente más ó ménos culpable por fundarse ya próxima, ya remotamente en la determinacion de nuestra libre voluntad. Es verdad que la inteligencia es la que conoce, la que juzga y da su fallo sobre las cosas; pero no es ménos cierto que cuando la fuerza de la evidencia no ilumina y arrastra el entendimiento, la voluntad es quien la dirije, ora en bien, ora en mal y desgracia suya. «La voluntad, dice Santo Tomás, es en cierta manera una facultad más alta, más fuerte y más universal que la inteligencia, supuesto que puede mover á ésta y llevarla á un objeto más bien que á otro.»

Ademas, en el ejercicio de su actividad intelectual, el hombre es dueño de aplicarse al estudio de aquello que favorece ó contraría sus inclinaciones, de no ocuparse en ello sino de pasada ó superficialmente, y de entregarse con ardor á lo que le arrastra la pasion, el capricho ó el interes. Cuanto influyan nuestras pasiones y caprichos en la formacion y naturaleza de nuestras ideas, no hay para qué demostrarlo. Entre los innumerables fenómenos que la psicología ofrece á nuestro estudio, ninguno hay más extraño, más terrible ni de más dolorosas consecuencias que la influencia que tiene la voluntad y los bajos apeti-

tos de nuestro corazon en pervertir las ideas del entendimiento, los hábitos de discurrir y lo que conocemos claramente ser cierto y verdadero. Aun antes que la luz del Evangelio viniera á iluminar con su vivo resplandor los misterios del corazon humano, decia Píndaro:

Hay hechos espantosos;
Y en los humanos pechos,
Más que no la verdad desafeitada,
La fábula con lengua artificiosa
Y dulce fabricada
Para lanzar su engaño es poderosa [1].

Nada más exacto y verdadero que esta idea del gran poeta. «Nuestro sistema de filosofía, decia Fichte [2], ordinariamente no es más que la historia de nuestro corazon.» Antes habia dicho Leibnitz [3] que «si la geometría se opusiese á nuestras pasiones é intereses personales, tanto como la moral, no la pondriamos en duda ni la violariamos ménos que á esta, á pesar de todas las demostraciones de Euclides y de Arquímedes, las cuales no hallaríamos gran inconveniente en tenerlas por sueños y paralogismos.» Y el Conde José de Maistre observa que si todos se hubiesen comprometido á decir siempre con la boca lo que sentian en su conciencia y en su corazon, hubiéranse evitado la mayor parte de las cuestiones. A buen seguro que las dificultades, oposiciones y conflictos que han surgido entre la ciencia y la fe, jamas habrian existido, ó se habrian desvanecido cual vana sombra, si no tocasen á la cuestion de mayor trascendencia que puede ser ofrecida á nuestro entendimiento, cuestion que abraza, y penetra á todo el hombre, que señorea el dominio de sus facultades, que impone á su existencia una direccion de-

1 Olimp. I (traduccion de Fr. Luis de Leon).
2 *La destinée del homme*. Oeuvres complètes: tom. II, pág. 253.
3 *Nouveaux Essais sur l'Entendement humain*, pág. 52.

terminada y que es de importancia sin igual en la vida presente y en la futura.

En vano se hacen alardes de imparcialidad ó indiferencia acerca de las controversias que tocan á la religion y fe cristiana. En esta materia nadie puede ser imparcial. Quizá aparenten algunos examinarlas libres de prejuicios ó preocupaciones; quizá logren ocultarse á sí propios los móviles que secretamente los dirigen; tal vez lleguen á creerse imparciales, indiferentes ó despreocupados. Pero no hay que fiarse; las palabras siempre saben al corazon. Nada más comun que tomar por dudas reales del entendimiento los que no son más que sofismas mal disfrazadas de la voluntad. La historia atestigua con uniformidad maravillosa que las creencias y la moral cristiana no comienzan á hacerse sospechosas al entendimiento sino despues de haberse hecho odiosas á las malas pasiones del espíritu. Y es verdad innegable pronunciada por la Eterna Sabiduría que la razon que se erige en crítica de la fe, la que desconoce su autoridad, y áun la que positivamente no se somete á ella y la obedece y acata, es por el mismo caso su contraria y enemiga [1].

Esta hostilidad, áun oculta é inconsciente, no es creible el daño y el extrago que causa en la inteligencia. Diríase que trastorna todas las ideas, que turba y revuelve to-

1 Aquí viene como nacido lo que cuenta el Abate Francisco Moigno, uno de los hombres más sábios en ciencias naturales que hoy dia existen en Europa, Director de la gran Revista científica *Les Mondes*, y de quien el célebre químico Dumas dijo no hace mucho públicamente que por espacio de cincuenta años ha llevado de frente el progreso de las ciencias. Cuenta, pues, que siendo él jóven aún, cuando asistia á las lecciones de los Poisson, Legendre, Lacroix, glorias de las ciencias matemáticas, teniendo por condiscípulos á los Sturm, Ostrogadski, Jacobi y otros que más adelante habian de dejar un nombre ilustre en las ciencias, le acaeció algunas veces someter á muchos de estos matemáticos la cuestion sobre la posibilidad ó imposibilidad del número actualmente infinito. Cuando la cuestion no salia del terreno abstracto ó puramente matemático, de suerte que no se dejaban entrever las consecuencias filosóficas ó religiosas que entrañaba su resolucion, la respuesta clara, precisa y categórica que daban aquellos matemáticos ilustres, era que el número actualmente infinito era imposible, pues todo número, segun ellos, era esencialmente finito. Pero si yo, añade el Abate Moigno, no habia conseguido distraer la atencion de mis compañeros del hábito sacerdotal, que entonces,

das las facultades y que las pervierte, las envenena y encalabrina. El que está sometido á su influencia no es posible que discurra con la razon serena, ni que hable con el corazon sosegado y tranquilo, ni que escriba sin que la pluma le tiemble en las manos. Hasta en las ideas que debieran ser más familiares al espíritu introduce tal confusion, que no parece sino que al abordar este linaje de cuestiones se pierde la ciencia y el hábito de discurrir exacta y ordenadamente. Ejemplo memorable de lo que decimos presentó no há muchos años el célebre físico inglés Tyndall en un discurso pronunciado ante la Asociacion británica reunida en Belfast.

Los que hacía tiempo seguian en el camino de sus investigaciones á aquel sábio ilustre, no cesaban de admirar su espíritu eminentemente analítico y observador, el genio que brillaba en sus experiencias, la lucidez admirable con que las exponía, y el estilo clarísimo, trasparente y esmaltado de resplandecientes imágenes, con que su hermosa fantasía lograba encarnar y embellecer las ideas más originales y abstractas. No satisfecho con estos laureles, tan justamente ganados en el estadio de las ciencias naturales, quiso coger otros en un campo, del cual debian retraerle, si no su notoria ineptitud para terciar en unos debates para los cuales no estaba suficientemente prepa-

como ahora llevaba, si no habia disimulado la tendencia teológica de mi pregunta, la respuesta era vaga, incierta, evasiva; todo eran dificultades para no afirmar la imposibilidad del número actualmente infinito. En fin, si despues de haber conseguido la respuesta clara y categórica sobre su imposibilidad, reponia yo: luego si el número actualmente infinito es imposible, el número de hombres que han existido en el mundo es finito, y ha habido, por consiguiente, un primer hombre, salido necesariamente de las manos de Dios creador; luego el número de las revoluciones de la tierra alrededor del sol es finito, y hubo una primera revolucion, y la tierra hubo de ser lanzada en su órbita por una voluntad soberana; luego en todos y en cada uno de los órdenes de la naturaleza hubo un prototipo sin predecesores, y los séres no se han sucedido eternamente sobre la tierra. Al decir esto veiamos dibujarse en los rostros una manifiesta oposicion, un deseo mal encubierto de recoger la verdad que por sorpresa se habia escapado á la evidencia matemática, como si la duda hubiese sucedido de improviso á una conviccion manifestada sin rebozo en toda su plenitud. *Sept Leçons de Physique générale*, par Augustin Cauchy; París, 1868, pág. 78.

rado, las circunstancias del lugar y del tiempo, y el carácter de las personas ante quienes hablaba. Mas no fué así, sino que, atropellándolo todo, se lanzó á traves de las cuestiones más espinosas de la filosofía, pretendiendo nada ménos que resucitar el podrido materialismo de Demócrito y Epicuro, para cantar de paso el triunfo sobre el espiritualismo cristiano. Los habituados al estilo claro y vigoroso del físico inglés, hubieron de extrañar el desórden, la confusion, y el extravagante embolismo de muchas partes de aquel discurso; y los cultivadores de las ciencias no pudieron ménos de advertir los errores é inexactitudes en que caía, áun en materias que debian serle familiares, uno de los físicos más eminentes que hoy tiene Europa. Picado de la tarántula de la irreligion, habia perdido el sosiego y la tranquilidad de su espíritu; la ciencia le habia dejado, desatinando su juicio y turbando la ordinaria lucidez de su inteligencia poderosa. Casos como este podrian citarse á millares; pues apenas habrá quien no haya presenciado algunos, y áun observado tal vez en sí mismo algo parecido á esa instintiva rebelion de nuestra inteligencia contra la verdad, y de qué manera revuelve las pasiones del corazon y levanta vapores envenenados que, llegando al entendimiento, extienden en él una especie de catarata que le oculta la luz de Dios y el esplendor de sus maravillas [1].

Todo error hemos dicho que tiene su orígen, próximo ó remoto, en la voluntad; á ella hay que atribuirlo final-

1 Lo más extraño y singular en esta clase de hombres, es la claridad de su entendimiento para reparar en los demas aquello que no pueden ó no quieren ver en sí propios. Este mismo Tyndall, en un libro que acaba de publicar, lanza graves acusaciones contra el célebre poeta aleman Goethe, por haberse metido á dogmatizar acerca de la naturaleza de los colores, cuyo estudio no era de su alcance ó dominio. Sobre esto dice cosas peregrinas, asentando la teoría de la diversidad de los entendimientos, unos perfectos, dice Tyndall, que se pueden comparar á una esfera; otros imperfectos, semejantes á un hemisferio. No hubiera sido malo que esa teoría de entendimientos-bolas y entendimientos-medias bolas, la hubiese tenido presente antes de pronunciar su discurso en Belfast.

mente; mas la influencia de esta facultad, en los extravíos del entendimiento, es muy diversa, segun la diversidad de los casos y de las circunstancias.

El primer obstáculo y el más peligroso que la voluntad humana opone á la inteligencia en su camino hácia la verdad, y por consiguiente en la reconciliacion y alianza de la ciencia con la fe, es el orgullo.

La ciencia, dice San Pablo [1], hincha y envanece; y el P. Juan de Mariana observa, por su parte, usando de una expresion pintoresca y original, que la última camisa de que se despojan los hombres sábios, es la soberbia. Cierto que la sabiduría lleva á Dios. Mas esta sabiduría divina ¿dónde se hallará? ¿Quién es el afortunado mortal que posea tesoro tan precioso? ¿Quién es el que á la joya de un entendimiento escogido y cultivado, sepa añadir el esmalte de la virtud, el sincero candor y la humilde y no afectada sencillez? La raíz y la fuente de esta sabiduría ¿á quién ha sido revelada? Ignora el hombre su precio, dice Job [2], y no será hallada en tierra de vivos. La ciencia del hombre, tomada en su conjunto, es generalmente ciencia de falso nombre, como dice San Pablo. Ordinariamente se ciñe á ilustrar y enriquecer el entendimiento, sin mejorar el corazon, ni levantarlo de la bajeza en que contínuamente se revuelve á la alteza de las cosas divinas. Las ciencias no se hicieron para desvanecer, sino para edificar; mas tal está nuestro natural de estragado y enfermo, que aquello mismo que debiera servirle del más hermoso ornamento, le sirve para su perdicion y ruina. El hombre sábio más que ningun otro está expuesto á perderse en su espíritu. Cuanto más conoce, tanto puede ser más culpable. Las maravillas que descubre en el mundo

1 I Cor. 8-1. San Agustin, hablando del tiempo en que su ciencia andaba alejada de Dios y rebelándose contra Él, usa de esta frase enérgica que recuerda la palabra de San Pablo: «Nimis inflata facies mea claudebat oculos meos.» (Confes. lib. VII.)

2 Job. 28-13.

de las ideas, los problemas que resuelve, los extraordinarios descubrimientos, y la aplicacion que hace de ellos á las artes y á la industria, le deslumbran con su resplandor. Dedicándose sin moderacion al estudio de la naturaleza, acaba por adorar en ella y en el ingenio del hombre que penetra sus secretos, y que la doma y sujeta á su albebrío. Para él la naturaleza viene á ser Dios, y el sábio su profeta. Subiendo el aprecio de sí al paso que sube en él el conocimiento de las cosas, se desvanece y engríe en su espíritu, olvidándose del mejoramiento y perfeccion de la voluntad, fin supremo á que debiera enderezarse todo conocimiento [1]. «No os ensoberbezcais demasiado los que habeis de morir, decia el viejo poeta Esquilo; de la flor de la soberbia nace luego la espiga del crímen, y la mies que se coge es mies de lágrimas.» Y cuanto es más noble y levantado el objeto que sirve de pretexto á la humana vanidad, tanto son más terribles sus extragos.

El estudio de las ciencias naturales, y áun la ciencia en general, ha de tener sus límites; no sea que en lugar de ayudar, dañe y perjudique al hombre. «Filósofo, dice Séneca, antes de estudiar el universo, estúdiate y conócete á tí mismo [2];» y Bossuet, despues de haber hecho ver lo ridículos é insufribles que son aquellos hombres que por florecer en ellos algun talento natural y unos pocos conocimientos y doctrinas que no poseen los demas, se creen el lustre y el esplendor del género humano, y sentencian y deciden magistralmente sobre todas las cosas, exclama: «¡Oh moderacion en la vida! ¡Oh igualdad en las costumbres! ¡Oh medida en las pasiones! ¡Preciosos y verdaderos ornamentos de la criatura racional, cuándo empezaremos á estimaros en lo que mereceis!» Y no se crea que estos consejos rezan únicamente con el físico, matemático ó naturalista; tambien el filósofo y el teólogo de-

1 *Los Persas*, p. 115, de la traduccion del Sr. Brieva y Salvatierra.

2 (Ep. 65.)

ben tener cuenta con el demasiado afan de conocer; todos están expuestos á perderse; todos deben temer esa plétora de ciencia que ponga en desequilibrio las varias potencias ó facultades del alma, y traiga á esta y á la ciencia las consecuencias más tristes y deplorables. Porque desvanecida por el demonio del orgullo, idólatra de sí misma, la sabiduría humana, que tan hermosa aparece brillando sobre un fondo de modestia, se torna fria, egoista é intratable; no tiene en cuenta que toda ciencia que no sabe á Dios, es necedad y locura; olvídase de que por sublimes que sean sus conquistas en los dominios del universo, nada hay en él tan sublime y hermoso como un hombre sábio y modesto; y víctima de la soberbia, que debiera ser la más incomprensible de las pasiones en un hombre de entendimiento, álzase amotinada contra Dios, y entabla sus querellas contra la revelacion, y las luchas inacabables de la razon humana contra la razon divina.

Ademas del peligro que amenaza á la union de la ciencia y la fe de parte del orgullo, hay otro escollo no ménos temible y peligroso: este es el exclusivismo. Sea por efecto del desarrollo inmenso que han tenido las ciencias, sea por la clase de conocimientos y áun especialidad de ingenio que requieren algunas, lo cierto es que por grande que sea el vigor y agudeza del entendimiento del hombre, no hay quien pueda en el curso de su vida, no ya abarcarlas y profundizarlas todas, pero ni áun alcanzar de la mayor parte las nociones necesarias para que puesto á hablar de ellas no incurra en grandes despropósitos. Mas, al fin, si ya que sea imposible al ingenio humano recorrer en toda su extension el vasto campo del saber, se penetraran todos del órden que en él resplandece y de la naturaleza y clasificacion natural de las mismas ciencias, de suerte que quien se dedica á alguna de ellas con particular ahinco respetara los derechos de las demas y sus respectivas preeminencias, los mismos conocimientos científicos en-

lazados por el vínculo que invisiblemente los une y vivifica, marcharian tranquila y sosegadamente sin embarazarse, antes haciendo contínuos progresos y conquistando poco á poco los vastos dominios propuestos por Dios á su nobilísima ambicion. Mas no sucede así, sino que por efecto de una aberracion increible, que tiene su orígen en la imperfeccion de nuestro entendimiento y en nuestra incurable vanidad, quien se dedica con ardor al estudio de una ciencia, llega á encariñarse tanto con ella, que la cree la más perfecta, la más hermosa y adorable de todas; persuádese de que los métodos y procedimientos de que ella usa son los únicos valederos; desconoce los privilegios de las demas, y áun se burla de ellas y las desprecia. Así el matemático cree que no hay más ciencia en el mundo que la que se encierra en sus fórmulas y ecuaciones; el químico está firmemente persuadido de que todo lo que no puede pasar por sus retortas y alambiques es cosa pobrísima y baladí; el médico adora en la medicina; para el filósofo no hay más mundo que el que descubre en sus abstracciones metafísicas, y áun el teólogo, con ser la ciencia que cultiva la que, ni más ni ménos que el objeto altísimo sobre que versa, debiera abrazar en su seno á todas las demas sin excluir á ninguna, cree que cuanto no se refiera directamente á la ciencia divina no vale la pena de pensar en ello.

El espíritu del hombre es esencialmente limitado é imperfecto. La fuerza que puede desarrollar mientras vive en la tierra no puede exceder de cierto grado; de suerte que desarrollada en una direccion y en un órden determinado de ideas, parece agotada realmente. La ciencia, el arte ó la industria que cultiva, vienen á ser de esta manera una condicion y como medio necesario para su vida intelectual; de suerte que en sacándole de este medio, como el pez fuera del agua, muere ó se queda yerto é insensible. De aquí es que la mente sistematizada ó habituada á cier-